

primeros siglos de la cristiana, y la pía tradición de nuestros mayores la atribuyó á artífices celestiales: bello origen por cierto para un templo donde todo respira sencillez y todo incita la veneración! Y en efecto, á espaldas del coro vese una tabla con un largo escrito alusivo á indulgencias, encabezado con una efigie de la Virgen sentada con Jesús en los brazos y rodeada de ángeles, que entre otras cosas dice:

«En aquesta taula están continuadas les Gracies y Perdons que guanyan aquellas personas que fan almoyna á la obra de la present Isglesia, la cual antigament fonch edificada per ministeri de Angels.....»

Sin embargo, la juiciosa crítica de los más piadosos escritores le ha señalado principios más humildes que en nada disminuyen la impresión respetuosa que aquella tradición nos causaba. En aquellos tiempos aciagos para el naciente cristianismo, en que la crueldad de algunos emperadores romanos,—de los más viles déspotas de esa caterva de soberanos que con su cronología legaron á la posteridad una lista donde apenas se lee otra cosa que corrupción, desenfreno, crimen y quebrantamiento de las leyes de la naturaleza,—matizó con sangre las primeras páginas de nuestra religión y purificó en el crisol de las persecuciones las virtudes de los primeros creyentes; mientras el vasto y gangrenado imperio se parecía á una inmensa orgía, y el moribundo culto de la materia simbolizado en los dioses lanzaba al culto del espíritu y de regeneración á lo profundo de las catacumbas;—el terreno que hoy ocupa la insigne colegiata de San Félix también prestó asilo á los constantes primeros cristianos de Gerona. Allí entre el horror de las tinieblas reuníanse los nuevos hermanos de un mundo nuevo, cobrando aliento con el fervor de la plegaria, mientras los cadáveres de los mártires alineados en las paredes aparecían tal vez envueltos en misteriosa aureola de blanquísimo vislumbre, como si les animaran al combate con su ejemplo.

¿Por qué el horror de las criptas no ha de haber influido en

la primera época de la arquitectura cristiana? ¿Por qué esos monstruos que adornan las obras sajonas, esas caras informes medio mochuelos y medio hombres, esos caprichos originales y grotescos no han de ser un vivo recuerdo de aquellos antiguos subterráneos? Extraña y fantástica debería de ser la impresión que semejantes lugares producirían:—las bóvedas toscas y rebajadas cargando sobre monstruosos y aplastados pilares, las filas de cadáveres, en cuyos entreabiertos labios vagaría quizás indefinible expresión ó sonrisa, según lo agudo del último dolor en su agonía, el silencio de la noche, el misterio de la reunión y de la ceremonia, el sobresalto y temor de un peligro hartamente inminente ya, y el todo envuelto en masas de sombra, interrumpida de vez en cuando por la luz del altar, cuya vacilante llama imprimiría caprichosos dibujos en las paredes ó fingiría movimiento y contracción en los amarillentos rostros de los finados (1). Así al salir del seno de los sepulcros á cubrir el suelo de la Europa, la arquitectura cristiana conservó la lobreguez, pesadez, misterio y demás calidades que pudiesen haber caracterizado aquellos, y las pocas iglesias bizantinas ó puramente godas que nos quedan bastante convencerán de ello al que las visite. Mas no contentos los artífices primeros en erigir templos

(1) Ese ligero bosquejo del efecto de las catacumbas, en su conjunto tal vez tenga sus visos de ideal, y se mire como fruto de una exageración poética; pero, sin describir para confirmarlo ninguna de las muchas criptas que aún existen en Europa, nos contentamos con citar la elocuente pintura que de las de Roma nos da San Jerónimo, la cual dejaremos en latín para no disminuir en lo más mínimo la fuerza de sus expresiones.—«Cum essem Romæ puer, et liberalibus studiis erudirer, solebam cum cæteris ejusdem ætatis et propositi diebus Dominicis sepulchra Apostolorum et Martyrum circumire, crebróque cryptas ingredi, quæ in terrarum profundo defossæ, ex utraque parte ingredientium per parietes habent corpora sepulcra; et ita obscura sunt omnia, ut prope modum illud propheticum compleatur: *Descendant in infernum viventes*, et raró desuper lumen admissum horrorem temperet tenebrarum, ut non tam fenestram quam foramem demissi luminis putes, rursumque pedetentim acceditur, et cæca nocte circumdatis, illud Virgilianum proponitur: *Horror ubique; animos simul ipsa silentia terrem.*» El cementerio ó cripta en que padeció martirio San Narciso, debió de desaparecer con el transcurso de tantos siglos; sin embargo, al abrir los cimientos de la actual capilla de aquel santo encontráronse cavidades subterráneas en la excavación, trozos de bóveda que parecía obra romana, y nichos en las paredes. Véase DORCA, Santos Mártires.

que parecían subterráneos, convirtieron los subterráneos en templos y labraron en muchas iglesias oscuras criptas, donde el genio melancólico de los hijos del Norte pudo á su placer entregarse á la meditación y á la realización de sus más fantásticas inspiraciones.

Una pequeña capilla se alzó sobre las ruinas del cementerio de los mártires gerundenses (1), mas no sabemos si era la misma que se veía allí en tiempo de los godos, no habiendo quedado ninguna memoria que nos dé una idea de aquella fábrica. Mucha debía de ser, sin embargo, su antigüedad y fama, pues en el siglo VI el piadoso Recaredo ofreció su corona de oro al sepulcro del santo titular. Cuando en la irrupción mahometana cayó Gerona en poder de los árabes, convirtieron éstos la catedral en mezquita y dejaron á los cristianos el templo de San Félix, sito entonces á extramuros, para que en él celebrasen los actos de su culto, cuya práctica y observancia quedóles libre en virtud de la capitulación. Mas al recobrar las armas de Carlomagno en 785 aquella ciudad, quedó despojada la iglesia de que hablamos del honor catedralicio, y edificada á poca distancia de las murallas, ¡cuánto sufrió sin duda durante aquellos dos siglos en que la infeliz Gerona tantas veces fué perdida y recobrada, pasando sucesivamente del poder cristiano al sarraceno! Sin embargo, cualesquiera que fuesen las obras que para su reparación se emprendiesen, no las creemos de tanta consideración que merecieran consignarse en los documentos, como se verificó en la reedificación de la catedral por el obispo Roger. Así es preciso salvar ese vacío de algunos siglos, y observando de paso la mención que de ella se hace á últimos del XIII y la milagrosa parte que ocupa en los acontecimientos de aquella guerra (2), lleguemos al XIV, en que consta se trató de su reconstrucción y se empezó la parte gótica que hoy es su realce.

(1) P. ROIG Y JALPÍ, *Resumen historial de Gerona*. Parte 1.ª, cap. 22.

(2) Aludimos al milagro de las moscas.

En 1313 ya se principió la nueva obra, y en 1318 se estaba construyendo el remate del presbiterio. Sin embargo, los fundamentos y la planta eran bizantinos, los macizos pilares habían resistido á todos los vaivenes de las guerras y á las injurias del tiempo, y no eran tan crecidos los fondos del cabildo que pudiese erigir un santuario completamente nuevo. Así forzoso les fué á las altas, estrechas y elegantísimas ventanas góticas del extremo del ábside adornar una torre semicircular, á guisa de las troneras que se abrían en los remates torreados de los templos anteriores á la introducción de la ojiva.

Entre tanto creciera admirablemente la devoción al patrón de Gerona San Narciso, y la cofradía que á su invocación se formara en 1307 resolvió edificar una nueva capilla donde estuviesen depositados tan sagrados restos. Dióse principio á aquella obra, y Guillelmo de Socarrats, chantre de la iglesia, encargóse de costear un nuevo sepulcro de mármol. Sin embargo, no á la sola tumba se limitó su generosidad, pues si hemos de dar crédito á los documentos, él era quien adelantaba las cantidades precisas para la construcción de las demás obras que se principiaban en el santuario cuya bóveda se proseguía en cuanto lo permitía la penuria del erario capitular. Por Abril de 1326, reunido el cabildo, trató entre varias cosas de la obra del monumento de San Narciso y de la bóveda del templo, en cuyas construcciones *ocupábanse continuamente varios trabajadores*; y considerando que además de los 3000 sueldos que Socarrats gastara en el referido monumento se necesitaba aún una crecida suma para rejas y demás partes del edificio, prometió devolverle el exceso de los 3000 sueldos que ya hubiese desembolsado ó que en adelante desembolsase, descontando empero los gastos que Juan de San Antonio tuviese que costear para la obra del arco de la bóveda, que por entonces tomara á su cuenta (1).

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, *Memoriale canonice Sancti Felicis*, fol. 40.—«Promisio Capituli facta G. de Socarrats ad opus S. Narcisi.—Die veneris intitulado II nonas aprilis anno Dñi. MCCC vicessimo sexto. et etiam esset ibi trac-

Poco tiempo pasó sin que se ofreciese ocasión de cumplir semejante promesa, pues no pudiendo en aquel mismo año satisfacer Socarrats á sus varios acreedores, entre los cuales se contaba el *maestro Juan*, artífice del monumento de San Narciso, el Cabildo le auxilió en semejante apuro, y por medio de P. de Costa, canónigo de aquella colegiata, entregó 200 sueldos al citado artista (1). ¿Pero quién era este *maestro Juan* que esculpía el bello sepulcro del santo protector de Gerona? El único documento que lo cita calla su apellido, y sólo nos es dado examinar su obra. Es una hermosa tumba de mármol blanco con estatua echada, y su cara principal está repartida en cinco cuadros que forman otros tantos pequeños arcos dentro de los cuales vense relieves que representan algunos pasos de la vida del santo. Permítasenos citar dos, por la particularidad que ofrecen concerniente á los antiguos ritos de la Iglesia. En el centro vese al Santo celebrando la misa de cara al pueblo, de manera que la mesa queda entre éste y el celebrante, al paso que en un cuadro de la izquierda figúranse Santa Afra y sus dos criadas en el acto de recibir el bautismo por inmersión. Todavía conservan en parte su color azul los relieves, realzados con dorados matices, restos que bastante indican cuán suntuoso sería aquel monumento cuando se acabó de construir por los años de 1328.

Al recorrer el templo de San Félix naturalmente buscamos su claustro, parte casi indispensable para las procesiones y en aquellos siglos también para las sepulturas; mas con pesar nos

tatum de opere monumenti Sancti Narcisi et de opere voltæ seu testudinis ipsius ecclesiæ in quibus quidem operibus opifices continue operabantur. Capitulum et singuli de ipso capitulo considerantes quod ultra illa tria millia solidorum barch. de terno quos dictus G. de Socarrats de suo solvit..... in opere monumenti est multa pecuniæ quantitas necessaria tam in rexiiis..., G. de Socarrats promiserunt quod totam pecuniarum et pecuniæ quantitatem quam ultra prædicta tria millia solidorum posuit et positurus est... restituent eidem G. de Socarrats ac suis vel quibus voluerit... salvo quod Joannes de Sto. Antonio operarius ipsius ecclesiæ qui de præsentis tam de suo quam de quæstu et aliunde expensas facit illius archatæ prædictæ voltæ quæ quidem parata est fieri recuperet sumptus etc.»

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, *Memoriale Canonice Sancti Felicis*, fol. 41.

cercioramos de que desapareció, y que sólo en los documentos y polvorosos pergaminos vive aún para la historia del edificio de que formó parte. Estaba situado al norte, donde hoy se ve la capilla de San Narciso, á la izquierda de aquella puerta, y por la parte de mediodía lindaba con dicha capilla y la de G. Venrell, por el norte con la casa ú hospicio de G. de Roca ó de Ruppe, por el occidente con el refectorio de la misma colegiata, y por el oriente con el cementerio de una cofradía, que tal vez fuese la del santo arriba indicado. Constaba cada corredor, según dice el código de donde extractamos estas noticias (1), *de ocho pares de columnas*, afirmando al mismo tiempo que de pilar á pilar ó de *base á base* mediaban siete palmos y medio y cuarto. En 1340 compraba el cabildo parte de un edificio en que se repartía la limosna de pan, y por Enero de 1344 lo verificaba con otra casa para construir el claustro. Desde entonces fuéronse acopiando los materiales, pero hasta el mes de Mayo de 1357 no se resolvió dar principio á aquella obra que costearon el canónigo Guillermo Cavaler ó *Cavalerii* y Francisco de *Segrellis*, encargándose de su dirección el artífice *lapiscida Arnaldo Stany* (2). Poco tiempo después *Francisco Plana*, escultor, trabajaba por encargo del cabildo ocho ó diez pares de columnas con sus bases y capiteles á 11 sueldos el par. Estas son las únicas noticias que constan de su construcción, que no sabemos cuándo se concluiría, ó si todavía no llegara á su perfección al sobrevenir los acontecimientos y las guerras que motivaron su derribo.

Cuando en 1285 el ejército cruzado á las órdenes de Felipe el *Atrevido*, rey de Francia, invadió la Cataluña y cercó á Gerona, el templo de San Félix cayó en poder de los sitiadores

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro intitulado *Opus*, N.º 4, *Receptæ et expensæ ab anno 1355*; = *Receptæ*, fol. 1, *Memoriale de claustris hujus ecclesiæ*.

(2) Idem, *Expensæ*, fol. 15.

que desde allí ofendieron considerablemente el vecino muro (1). Arrojadlos después los franceses del principado por las armas victoriosas del rey don Pedro III de Aragón y II de Cataluña, *el Grande*, conoció éste cuán peligrosa era para la ciudad la

(1) La crónica de los reyes de Aragón es tan fecunda en acontecimientos, que con dificultad puede referirse en extracto un hecho ó época suya, cualquiera que sea. La de que habla el texto es una de las más gloriosas para nuestras armas, que venciendo las mayores fuerzas de los primeros estados europeos unieron la Sicilia al reino de Aragón. Disputáronse por largo tiempo la posesión de aquella la serie de reyes legítimos, que con más derecho que nadie obtuvieron su dominio, y los papas que introdujeron en aquel reino á los Franceses. La historia ha consignado en páginas sangrientas los funestos efectos del mal proceder y duro trato de éstos para con los habitantes, y todavía el nombre de las Vísperas Sicilianas nos hace estremecer de horror, recordándonos una venganza terrible, calculada con sangre fría y conducida y llevada á cabo á una misma hora en distintos parajes con cautela y sagacidad africanas. Expuestos los sicilianos al furor de la potencia á quien tan cruelmente ofendieran, por último recurso llamaron en su ayuda á don Pedro III de Aragón y II de Barcelona, *el Grande*, legítimo sucesor á la corona por parte de su esposa doña Constanza, hija de Manfred rey de Sicilia, con quien casó en Montpellier á 13 de Julio de 1262. No sin graves contrariedades ciónse la corona de Sicilia, pues no se la dejó llevar en paz el pontífice que entonces ocupaba la silla de San Pedro, Martín IV, natural de Francia. Triste es ver puestos los intereses de la religión y de la humanidad á los particulares y á la sed de venganza, y más triste aún que un jefe de la Iglesia abuse de su poder encendiendo la más encarnizada lucha entre dos potencias cristianas. Furioso anduvo el Papa buscando enemigos al rey de Aragón, y no curándose de la justicia y moderación de los medios con tal que le condujesen á su fin, dió á Carlos de Anjou la investidura, no sólo de la Sicilia, sino también de los reinos de Aragón y Valencia y del principado de Cataluña, y sin que precediese amonestación, citación ni juicio, lanzó decreto de excomunión contra el rey D. Pedro, declaróle enemigo y perseguidor de la Iglesia, privóle hasta el título de rey, y puso entredicho en todos sus estados. El monarca aragonés, tan fiel á sus deberes de cristiano como celoso del honor de su corona, considerando cuán injusta era semejante disposición, expidió con fecha de 2 de las nonas de Mayo de 1283 á todos los arzobispos, obispos, abades priores y demás dignidades de todas las iglesias, abadías y conventos un decreto, en que les prohibía publicar ni hacer circular la noticia de aquella excomunión bajo pena de la vida. Aunque en su conciencia sabía D. Pedro que no merecía semejante pena, conocía los trascendentales efectos que pudiera tener aquella publicación para sus vasallos, que no sabemos si hubiesen sido tan amantes del honor de su país que se atrevieran á pelear contra las fuerzas del Papa en favor de un rey excomulgado; y ciertamente dignos son de alabanza aquellos prelados, que con admirable ilustración y patriotismo guardaron inviolable secreto, y aun contribuyeron á la defensa. Algunos días después pasaba el rey á los Vegueres y Justicias otra circular, que por su concisión y firme tono traducimos del latín: «..... Os mandamos firme y exstrictamente que si algún prelado, ya sea arzobispo, ya obispo ó cualquiera otra persona de cualesquiera condición y dignidad, temerariamente se atreviese á promulgar en público ó en secreto cierta sentencia ó proceso expedido, según dicen, por el Sumo Pontífice ó por otro contra nos y nuestros reinos, cosa que no creemos, al punto casti-

situación de la mencionada iglesia, y manifestó intención de derribarla. Acudieron solícitos los gerundenses y abogaron por ella, recordando su fama y devoción y obligándose á fortificarla siempre que la ciudad estuviese amenazada de un sitio, de ma-

»guéis sin remisión con pena de muerte al prelado ó á cualquiera que publicare la mencionada sentencia, si es que en algo apreciáis nuestra gracia y estimación. »Nos no podemos tolerar que redunde peligro ó escándalo ni para nos ni para nuestros pueblos de una sentencia ó proceso decretado indebida é injustamente, »cuando ninguna amonestación ni citación hemos recibido ni ningún delito, etcétera.....» (1) No bastó sin embargo para su seguridad esa terminante orden; pues habiendo el Papa publicado contra él una cruzada, armóse la Francia entera, engrosando sus filas las fuerzas de aquél y los aventureros que buscaban ocasión de distinguirse, si ya no obedecían en ello la voz de su deber como cristianos. Pasó aquel inmenso ejército el Rosellón, y después de sabias y bien combinadas operaciones con que le contuvo cerca de un mes el rey don Pedro, derramóse por el Ampurdán y campo de Gerona á la cual puso sitio, rindiéndola al fin por hambre, y teniéndola que abandonar poco después, mientras á toda prisa repasaba los Pirineos roto, desbandado y extraordinariamente disminuído. Como aquel sitio está lleno de detalles maravillosos, dejaremos que hable en nuestro lugar la crónica, que se atribuye al rey D. Pedro y se guarda en el real Archivo de la corona de Aragón (a), cuya sencillez y candor desarmen aun al incrédulo más prevenido:

«... Apres vench lo rey de Fransa a Gerona e assetia aquella al derredor, y era tanta la multitud de la gent que ab ell levava que tota la environa la vigilia de Sanct Pera y tota la nit y tot lo mati e tot lo dia combate la dita ciutat fortment, mes los de dintre aparellaren en tal manera los de fora que despuix nosi acostaren de bon cor. E per lo gran pardo que lo dit para Sanct apellat Marti habia donat sobre asso, tanta gent hi vench despuix que a dos dies o tres foren doblats, veritat es que estant la dita ciutat assetida los francesos no donant reverencia a Deu ni a sos Sancts lo cors de Sanct Narcis qui ab reliquias ab gran honor estava en la iglesia de Sant Feliu mutilaren e destruiren y totes les altres reliquias de aqui y de totes les altres igleyes lanzaren e vilment consumaren e lo dit rey en pere ab sos enginyosos tractaments ab eguayts y en altra manera tants mata que del coll de panissas entroha Gerona no trobarets sino homens morts. E tots los dies los de ciutat exien los apelatis escondidament e paladinament matarenne sens nombre e continuament les tollien cavalls e altres coses apesar e despit lur. E lo dit rey enpera tots dies fahia e feria en la host ades dassa ades dalla, mes tanta era la multitud de la gent estranya que jatsia que sens nombre ne matassen amalas penas aparexia... Apres alguns dies nostre Senyor Deus volent punir la gent de fransa e sas gents de las viltats e crueltats que feytes havian contra ell e sos Sancts é venjar lo rey de aragó dels torts e injurias axi feytes, envia maledictio de moscas exins del cors de Sanct Narcis que era una de las de farao, e eran de tal figura e color que de la una part eren blaves e de la altra verdas e en quiscuna part se mostrava vermellura e aixi eren venenoses que al caball o altra bestia

(1) Archivo de la corona de Aragón, registro 6 de su reinado, fol. 194.

(a) La crónica á que se alude no puede atribuirse á Pedro *el Grande* ni á otro de los monarcas de la casa de Aragón, no existiendo, tampoco, noticia de ella en ninguno de los índices é inventarios del Real Archivo. Según BOFARULL (Antonio) en su *Historia crít. civ. y ecles. de Cataluña*, t. III, pág. 509, acaso sea una transformación ó traducción de otra siciliana, en lo referente á esta parte.

nera que sirviese de obra avanzada. Accedió el Rey á su demanda, é inmediatamente se nombraron obreros que recogiesen y administrasen los fondos, al paso que enviaron *cuestores* encargados de recoger las limosnas á todo el obispado y á los vecinos reinos de Valencia y Mallorca. Fielmente cumplieron su palabra, y pronto tuvieron ocasión de acreditarlo así, pues aquellos tiempos no eran para dejar de ofrecerla al más pacífico; pero honra sobremanera su proceder, no sólo la puntual obediencia que en el cabildo y en los obreros encontraron las órdenes del jefe militar de la plaza en momentos peligrosos, sino aún su desprendimiento y patriotismo, de que buenamente hicieron alarde costeando las fortificaciones y continuos derribos á que se veían obligados, y contándolo como cosa concerniente y propia de la obra.

El año de 1362 vió los primeros esfuerzos del cabildo en este particular, y á 12 de Marzo el canónigo Dalmacio Corona

»que tocavan en continent morian emetianse per les narils e per las oreyllas de  
 »la gent e de las bestias quen null temps non exian entro que eran morts, de la  
 »cual plaga tanta mortaldat se mes en la dita host que torna a fort poch nombre  
 »de gent. E no tant solament comptes e altres barons y moriren et encara lo rey  
 »de Fransa ne pres la febra molt gran e fonch greument malalt. E stant aixi la ciu-  
 »tat haviay gran freitura de viandas e malaltia fort gran perque entra la pudor  
 »qui a aquells de la establida venia de la mortaldats dels francesos... gran mortal-  
 »dat se ciesque perque ab volentat e consentiment del dit rey enpera lo dit Ramon  
 »Folch (1) tracta pati ab los francesos la vigilia de Sancta Maria de setembre quels  
 »livraria la ciutat ab quels dexas anar sans esegurs ab tot so que porian levar y  
 »axi fonch fet... e presa la dita ciutat la maledictió de les mosques commes anava  
 »e mes creyxa en los francesos... no podian mes soffrir que romanguessen alli  
 »per so com de nenguna part nols gosava venir ninguna vianda per raho del rey  
 »de aragó e de las suas gents qui deligentment ho espiaven, e dolents e vensuts  
 »plorosament comensaren a partir de aqui e lo dit rey enpera qui nols era luny  
 »ades ades e fortment feria ab ells e matavan tants, que maravella era. E lo rey  
 »empero frances per la gran malaltia sua no podia anar cavalcant e haviantlo  
 »aportat en son lit e mentre que los francesos eren en lo comptat dempurias que  
 »sentornaven, el compte dempurias ab en roger loria e ab lo compte de pallars e  
 »ab en Ramon Folch e altres cavallers adevantaranse per altre cami e vingueren  
 »al monestir de la vila de roses ahont era tot lo pretreyt de viandes e de altres  
 »coses e gran multitud de francesos e lo dit monestir e vila ab tot lur pretreyt  
 »prengueren o mataren gran infinitat de gents, e mentra que lo rey frances e la  
 »host dolenta... etc.»

(1) Ramón Folch, vizconde de Cardona, encargado de defender la plaza por el rey.

aplicaba á los trabajos de fortificación y defensa cierta cantidad que recibía de G. de Scala (1). No por ello desistían los obreros de llevar á cabo la reparación del santuario; semejantes á los trabajadores de la Ciudad Santa; que, como dicen los continuadores de la *España Sagrada*, en una mano tenían los instrumentos de su arte mientras empuñaba la otra la espada, fortificábanse cuando amenazaba el peligro, y pasada la tempestad deshacían las obras de defensa y continuaban las del edificio. Construído ya el claustro en su mayor parte, concibieron el proyecto de erigir un nuevo campanario que honrase y embelleciese la colegiata, compraron terreno por Junio de 1368, y á 11 de Agosto el obispo colocó la primera piedra (2). Sin embargo no se concluyera aún la contrata con el arquitecto que debía con tanta maestría satisfacer los deseos del cabildo; el nombre de *Pedro Zacoma* no aparece hasta el 5 de Setiembre, y poco considerables serían los trabajos que en tan corto intervalo se verificasen, si es que no se redujeron á simples preparativos. Estipulóse en aquel instrumento, que extendió el notario Ramón Egidii: que *Zacoma* procuraría evitar en la obra gastos inútiles en cuanto fuese posible, promesa que verificó bajo juramento; que no emprendería otra cualquiera sin permiso del obrero, y que, al estar prontos los aparejos para edificar la torre, acudiría al llamamiento y dejaría todas sus demás obligaciones, exceptuando empero la construcción del Puente mayor (3), á que ya se había obligado antes, y conviniendo que el día que se hallase en ésta ó en otra también emprendida antes de la fecha, pasase

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro intitulado *Opus = Receptæ et expensæ* ab anno 1355, *Receptæ*, fol. XX.

(2) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, *Llibre del rebut y despes de la obra*, de 1365 usque 1391, fol. XVII: «Asit principio Sta. M. Virgo.—En nom de Deu e de Madona Sra. Yo. Dalmau Corona obrer de S. Feliu de Gerona de voluntat e de consell del capitol e de mols Ciutedans comense de obrar e de fer lo cloquer per la dita Esglesia diluns á III de Juliol de MCCCLXVIII.....» Y en el folio XXVIII vuelto léese: «Comensaren á aparedar en lo cloquer lo divendres vespre de la dita semana XI de Agost é mon senyor Bisbe posá la primera pedra.»

(3) Este puente aún subsiste, y está situado á poca distancia de Gerona.

una hora en la dirección del campanario. Fijóse su salario á 4 sueldos y se le señalaron 140 de gracia al año (1).

De repente en 1369 cundió por Cataluña la noticia de que las llamadas compañías francesas, capitaneadas por el famoso Beltrán de Claquin ó Duguesclin, amenazaban invadir los estados del rey de Aragón, y de nuevo paráronse las obras de San Félix para curar de la seguridad de Gerona.—Era Beltrán Duguesclin un caballero famoso y valiente capitán natural de Bretaña, que se distinguiera en las pasadas guerras de Francia contra los ingleses. Acabadas felizmente aquellas inútiles cuanto sangrientas querellas, que por tanto tiempo gastaron las principales fuerzas de la Inglaterra, que en ellas concentraba toda su atención de tal manera que, mientras el mediodía y parte del norte del continente europeo progresaban en el comercio y en la industria, rara vez pensó en los objetos y medios que la elevaron después al grado de riqueza y pujanza en que hoy la vemos; quedó la Francia inundada de sueltas é indisciplinadas divisiones, que aborreciendo el ocio de la paz y el trabajo, desbandáronse por el reino, talándolo cual pudiesen verificarlo sus mismos enemigos. La fama de su valor y de la experiencia de sus caudillos difundióse por todos los estados de Europa, y bien puede asegurarse que pocas veces les hizo traición la fortuna y la victoria. Nueve años había que el Rey D. Pedro el *Ceremonioso* peleaba contra el *Cruel* de Castilla; en todas sus expediciones siempre procuró alistar á sus banderas algunas de aquellas compañías de arrojados aventureros, y últimamente había enviado á Aviñón con este objeto al infante D. Pedro y á D. Francisco de Perellos. Mucho holgaron de semejante coyuntura el rey de Francia y el Papa, que deseando limpiar el suelo francés de aquella plaga, cooperaron al ajuste de los más famosos capitanes al sueldo del de Aragón. Enardecieron su ima-

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, = *Obra = Receptæ et expensæ* ab anno 1365,—*Expensæ*, fol. XV.

ginación con la esperanza de la nueva gloria, triunfos y honores de que iban á cubrirse; no escasearon las promesas, y despertaron su codicia con el donativo que de cien mil florines les hizo el Papa, que por entonces residía en Aviñón, y de otros tantos el monarca francés, prometiéndoles igual cantidad el de Aragón, amén del sueldo que se acordase (1). Las ofertas del conde de Trastámara, muy estimado de los aventureros, y á quien le importaba atraerlos á su servicio para arrancar el reino de Castilla y León del poder de su hermano D. Pedro, acabaron de decidirles y se avinieron á guerrear bajo las banderas de D. Enrique contra el rey de Castilla, que fué pelear bajo las de Aragón, siendo común la causa del de Trastámara y de Don Pedro el *Ceremonioso*. Entraron las compañías por Rosellón, y los principales capitanes, cuyo primer lugar ocupaba Duguesclin, vinieron á reunirse con el rey en Barcelona. El primer día del año 1366 dióles aquel sabio y político monarca fiesta y banquete en su palacio, y comieron á su mesa, cabiéndole á Duguesclin el honor de sentarse á la derecha del rey, que á pocos días le hizo merced de la ciudad de Borja y de los valles de Elda y Novelda, erigiéndoselo en condado y prometiéndole casar en su reino y dar estado á un hermano suyo, é indemnizarle de cuantos daños le acarrease la invasión de Castilla. No es nuestro ánimo, ni la brevedad de estos apuntes lo consiente, referir

(1) Tal vez este donativo dió origen á la graciosa anécdota que refieren las crónicas francesas, y que es un vivo rasgo del carácter de aquellos aventureros. Al pasar por Aviñón, humildemente pidieron al papa les diese la absolución de sus pecados y una crecida suma para su viaje. Fácil era cumplir con la primera parte de su demanda, pero no encontraba el Sumo Pontífice muy puesto en razón tener que desprenderse de tan considerable cantidad en favor de los *malandrines*; sin embargo su mismo apuro le sugirió un medio, que fué imponer el pago de aquella suma á los ciudadanos de Aviñón. Al saberlo Duguesclin y cuando le presentaron el dinero: «Cómo se entiende?... voto á tal!» exclamó: no fué esa mi intención; acaso hemos venido acá para pillar al pobre pueblo? Eh! Restitúyase este dinero á los buenos ciudadanos, y páguennos lo pedido los bolsillos de sus Eminencias». Fué preciso hacerlo como indicó, y en seguida, dicen los autores franceses, recibieron los *malandrines* la absolución de un modo sobremana edificante.